



HAL
open science

Rebelarse en el desierto. Argumentos para un inventario de las movilizaciones políticas en el Oeste sahariano

Francesco Correale, Alberto López Bargados

► To cite this version:

Francesco Correale, Alberto López Bargados. Rebelarse en el desierto. Argumentos para un inventario de las movilizaciones políticas en el Oeste sahariano. Edicions Bellaterra. Rebelarse en el desierto Movilizaciones políticas en el Oeste sahariano (1932-2020), , pp.13-46, 2022, 978-84-18723-49-0. halshs-03779474

HAL Id: halshs-03779474

<https://shs.hal.science/halshs-03779474v1>

Submitted on 6 Oct 2022

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



Distributed under a Creative Commons Attribution - NonCommercial - NoDerivatives 4.0 International License

Rebelarse en el desierto. Argumentos para un inventario de las movilizaciones políticas en el Oeste Sahariano

Francesco Correale
CNRS-UMR 7324 CITERES, Tours
Alberto López Bargados
GRECS-UB

Introducción

Este libro se propone presentar, a la vez a un público académico y a lectores no especialistas, un crisol de acontecimientos que marcaron la historia del Oeste sahariano durante el último siglo, y que creemos pueden encajar bajo la denominación de «movilizaciones políticas». Más allá de su significado más inmediato, que se remite al movimiento de un cuerpo que se hallaría, al menos temporalmente, en reposo, el término movilización presenta claras resonancias bélicas, y se ha empleado por ejemplo en el marco de la incorporación a las filas de un ejército, en la convocatoria y disposición de ciertos sectores de la sociedad para la guerra o, más recientemente, para hacer frente a la situación de pandemia producida por el Covid-19.¹ Si bien algunos de los casos estudiados en esta compilación describen situaciones de guerra –declarada o no, es otra cuestión–, la mayor parte están constituidos por conflictos de menor intensidad y duración, tales como manifestaciones y concentraciones, ocupaciones inesperadas de equipamientos civiles o militares, rápidas incursiones para atacar objetivos concretos. La condición que tienen en común, de modo general, es su brevedad, casi su carácter puntual la mayoría de las veces –no siempre, pues también prestamos atención a algunos movimientos sostenidos en el tiempo–, así como el hecho de que, en aquellos casos en que no persiguen objetivos claros, su condición política les viene impuesta por actores distintos a quienes los protagonizan. Se trata, pues, de acciones que comprometen un número indeterminado de actores para subvertir el orden de los acontecimientos, interrumpir un flujo, *movilizándolos*, en fin, en un campo político que de ese modo contribuyen a configurar o transformar con su intervención. Así pues, nos referimos a movilizaciones reconociendo, bien es verdad, el carácter intrínsecamente político de toda acción co-



El Oeste sahariano. Fronteras históricas y culturales.

Fuente: los editores.

lectiva, pero también el hecho de que la mayor parte de los casos elegidos por los editores del libro se inscriben siempre en un marco de referencia que pretende protestar, transformar o sencillamente destruir un *statu quo* determinado. Movilizaciones políticas, pues.

Aunque el objeto de estudio no sea totalmente novedoso, nos parece importante subrayar que, en nuestra opinión, es la primera vez que se disponen en una perspectiva temporal amplia fenómenos que, en otros contextos, han sido ignorados o bien se han analizado aisladamente, como episodios puntuales, envueltos habitualmente en las categorías de revuelta o de insurgencia –en particular, en oposición a los poderes coloniales o como reivindicación de una mayor libertad de acción política y de una mejora de las condiciones de vida. De hecho, esos argumentos se encuentran presentes en todos los eventos que aquí tomamos en consideración, y tal vez resulte necesario, como haremos seguidamente, poner el acento sobre las especificidades de las sociedades estudiadas para comprender la verdadera relevancia de un análisis comparativo que incluya espacios, tiempos y poblaciones distintos.

Antes de eso, nos parece imprescindible recalcar que este volumen no se limita a exponer una serie de casos escogidos y examinados por académicos o científicos ajenos a los terrenos de estudio, procedentes en buena medida de las antiguas metrópolis. A estas alturas resulta evidente que las estructuras científicas, los objetos de interés y las culturas académicas en que éstos se desarrollan, reflejan con mayor o menor fidelidad las inercias legadas por la dominación colonial, lo que explica, entre otras cosas, que los investigadores surgidos de las sociedades que fueron objeto de colonización encuentren con frecuencia acomodo en las universidades metropolitanas. Se trata de un efecto bien conocido, y el Oeste sahariano no es inmune a esas lógicas de producción y reproducción de los saberes. Conscientes de esa realidad, en este libro hemos tratado de aplicar un sesgo de preferencia –con las limitaciones a las que pronto haremos alusión– sobre los miembros de las comunidades científicas de los estados y territorios que conforman el Oeste sahariano (vid. Bonte, 2017), invitándoles a participar en un proyecto colectivo una de cuyas virtudes es, precisamente, el abordaje integral de una realidad histórica y cultural –el Oeste sahariano, también referido como el Sáhara atlántico– a menudo segregada en razón del complejo legado colonial y postcolonial que presenta.

Una última consideración previa. A pesar de que el marco de referencia que utilizamos es diacrónico, con una cronología que se remonta a los últimos conatos de resistencia al avance colonial y prosigue hasta la actualidad, desplegándose prácticamente sobre 90 años, los autores convocados no son, como tal vez podría pensarse, únicamente historiadores, sino también politólogos, antropólogos y sociólogos. Y eso por distintas razones. En primer lugar, porque esa interdisciplinariedad nos

ha parecido fundamental para restituir en toda su complejidad el marco histórico y sociocultural que da sentido a la diversidad de acciones políticas que son objeto de este libro, al arrojar luz sobre las dinámicas comunes que atraviesan la vida social y política oeste-sahariana. En segundo lugar, debemos reconocer que también se trata de una decisión cargada de pragmatismo. Comparado con épocas anteriores, el estado de salud de los estudios sobre el Oeste sahariano es, creemos, magnífico. El área cuenta con el interés de nuevas generaciones de investigadores, distribuidos en un paisaje académico extenso, y en la última docena de años se han publicado obras estimulantes e innovadoras que completan el legado clásico aportado por aquellos autores cuya obra se sitúa en las primeras décadas tras la independencia de los territorios que configuran el Oeste sahariano.² No obstante, por robusto que parezca, este campo de estudio no está tan nutrido como para soportar una segregación disciplinar por otra parte injustificada, y dadas las dificultades que hemos tenido que solventar para componer una selección convincente de autores, la interdisciplinariedad ha sido, también, la necesidad que esas dificultades han convertido en virtud. Como suele decirse en castellano, no están todos los que son pero, sin duda, sí son todos los que están.

El Oeste sahariano: órdenes sociales y territorio

Remitirse a un «Oeste sahariano» no significa solo tomar los puntos cardinales como marco de referencia para subrayar que las sociedades aquí estudiadas se hallan encuadradas en el extremo occidental del desierto sahariano, en las regiones más próximas al Océano Atlántico. Es, también, una forma de sugerir un paisaje familiar, un escenario de la cultura popular hegemónica que el cine se ha encargado de fijar en la memoria: el Far-West y sus representaciones de la frontera, de esa zona liminar y remota de contacto, un «territorio sin ley» al que se veían abocados una multitud de personajes pertenecientes a sociedades distintas para, una vez instalados en ella, cooperar o, en la mayor parte de las ocasiones, entrar en conflicto.

Se trata, sin embargo, de una analogía equívoca, porque, si bien evoca un escenario abierto, atravesado por soberanías múltiples y difusas, también nos invita a imaginar el Oeste sahariano como una suerte de *terra nullius*, habitada por pueblos rudimentarios incapaces de regir su destino, un espacio libre, en fin, para las iniciativas imperiales europeas. Esa representación, teñida de orientalismo (Said, 1978), soslaya el hecho de que, a pesar de compartir una geografía común, ligada a los ecosistemas desérticos y predesérticos, la variedad de territorios y pueblos que componen el Oeste sahariano, desde Wad Nun y las estribacio-

nes del Anti Atlas marroquí en el norte hasta la ribera del río Senegal en el sur, merece hacerse significativa. Los pueblos que habitan esa región presentan, es verdad, ciertos rasgos comunes, algunos de ellos determinados por la geografía, como un modo de vida volcado sobre el nomadismo pastoral y el comercio de larga distancia, en el que el camello (en realidad, el dromedario) constituye el bien esencial. Otros, en cambio, los ha impuesto la historia, como la adscripción sin fisuras a la religión y cultura musulmanas, el empleo de un dialecto árabe (el *hassaniyya*) como lengua común, la filiación agnática o la permanente evocación de genealogías árabes o beréberes para dar cuenta del origen de los numerosos linajes que se extienden por el Oeste sahariano. Es cierto que, sobre todo en los márgenes históricos del Oeste sahariano, grupos con otras referencias simbólicas y culturales han compartido y comparten el mismo territorio: las poblaciones bereberófonas del sur marroquí (vid. López Bargados, *infra*), algunas de ellas integradas en grandes confederaciones como los Tikna (Naimi, 2004), y los diversos pueblos vinculados a la cuenca del río Senegal, de lengua y cultura wolof, peul o soninké. Sin embargo, parece indudable que los grupos que han mantenido una hegemonía histórica reciente sobre la mayor parte del territorio oeste-sahariano se adscriben a la civilización árabe-beréber, como lo es el hecho de que, al menos hasta el final del período colonial, y especialmente en las regiones meridionales del Oeste sahariano (vid. Ould Cheikh, 1998; Bonte, Conte y Dresch, 2001; Bonte, 2008) esos grupos hegemónicos presentaban una organización social muy jerarquizada, un complejo sistema de estratos, o más bien de estatus.

En la cúspide del sistema, se hallaban los grupos de estatus guerrero (*arab, hassan*), poseedores de genealogías árabes, cuyo prestigio y autoridad derivaba tanto de sus credenciales bélicas y políticas como del respeto a unos principios morales distintivos de su estatus (noblez, coraje, contención, etc.). En paralelo a esa aristocracia guerrera se situaban los grupos de estatus religioso, los *tolba* o *zwaya*, a quienes la terminología colonial acostumbraba a calificar como *marabouts*, y cuya posición social venía determinada por el monopolio que ejercían sobre la producción y reproducción de la cultura textual islámica, así como de las funciones –jurídicas, educativas, místicas– que se derivaban de ella (Ould Cheikh, 1995, pp. 2-3). Los *zwaya*, además, fundaban, dirigían o representaban corporaciones religiosas de carácter transnacional, las cofradías o *turuq*, organizaciones cuya capacidad de movilización era y sigue siendo extraordinaria. Algunos líderes *zwaya* desempeñaron un papel decisivo durante el período colonial, bien enarbolando la bandera de la resistencia, bien asumiendo el papel de *brokers* fundamentales de la colonización (Ould Cheikh, 1995; Robinson y Triaud, 1997). En fin, por debajo en esa jerarquía, instalados en relaciones de dependencia (Villasante-de Beauvais, 1998, 2000) de distinto grado, se hallaban los

diversos grupos tributarios (*znaga*), los colectivos especializados como los herreros (*maalemim*, sing. *maalim*) o los *griots* (*igawwin*, sing. *ig-giw*) y, por supuesto, un nutrido contingente de esclavos (*'abid*, sing. *'abd*) y de libertos (*harratin*, sing. *hartani*), cuyo origen todavía se presta a grandes controversias (vid. Maimone *infra*). Los linajes, organizados formalmente sobre el modelo clásico de la filiación agnática, de carácter igualitario, pero atravesados de hecho por estrictas políticas de alianza que reestablecían jerarquías basadas en la prohibición de la hipogamia femenina (Bonte, Conte, Hamès y Ould Cheikh, 1991), se organizaban en agrupaciones mayores conocidas como *qaba'il* (sing. *qabila*), estructuras que la etnología colonial se apresuró a calificar como *tribus*.

Esa organización social, relativamente uniforme, no se correspondía con una identidad política precisa ni común. De hecho, ésta ha sufrido cambios diversos en función de la época y del período histórico de que se trate. Ciertamente, las sociedades árabo-beréberes del Oeste sahariano han apelado a lo largo del tiempo a algunos episodios históricos, y en particular a la «epopeya almorávide» (Ould Hamidoun, 1952; Ould Cheikh, 1988) y a la invasión de los Banu Maqil (Norris, 1986), largamente mixtificadas, como acontecimientos fundadores de un orden social cuyas bases fundamentales parecen establecidas a partir del siglo XVII d.C. No obstante, la permanencia en el tiempo de ciertas estructuras bien puede ser una ilusión *ex post facto*. Como es obvio, esa consideración no solo afecta a las sociedades del Oeste sahariano, pero parece especialmente necesario recalcarlo en este caso porque los grandes relatos fundacionales de la región que nos ocupa sufrieron una apropiación flagrante e interesada en los inicios de la experiencia colonial por parte de agentes que de un modo u otro representaban los intereses de las metrópolis en liza. Esa apropiación, que ciertamente impuso un sesgo inferiorizador sobre las sociedades que se deseaban colonizar, aprovechó las ricas tradiciones eruditas *zwaya* para elaborar una narración hegemónica en relación con los espacios y poblaciones oeste-saharianos (Taylor, 2000; Freire, 2013). En síntesis, consistió en el relato del triunfo de los linajes árabes y guerreros sobre los linajes religiosos, a quienes el proyecto colonial (francés, en este caso) aspiró a convertir en aliados potenciales de su causa hasta que la resistencia liderada por figuras carismáticas como los Ahl Sayj Ma el Ainin (Martin, 1978), y el avance colonial hacia el norte, hacia las montañas del Adrar, aconsejó contemporizar con esos linajes guerreros cuya autoridad se había intentado socavar (Bernus, Boilley, Clauzel y Triaud, 1993). Es preciso subrayar aquí que, con una intención de dominación precisa, esa narración ha sobrevivido a la colonización, condicionando tanto el campo político como las luchas por la memoria contemporáneas (Ould Mohamed Baba y Freire, 2020). Si se quiere, algunas de las

contribuciones de este libro (Acloque y Evrard, Maimone, *infra*) dan cuenta de los efectos colaterales de esa hegemonía, aunque podrían detectarse aún más fácilmente en la acción a menudo paternalista y neocolonial de los organismos internacionales o en los ambiciosos programas planificados por una cooperación al desarrollo rendida muchas veces a intereses geoestratégicos. Un último ejemplo nos asalta en el momento en que escribimos estas líneas, en marzo de 2022. Resulta casi grotesco comprobar que uno de los legados más sombríos de la colonización, a saber, la invisibilización de las poblaciones –y los proyectos políticos– que abriga el Oeste sahariano, sigue en boga hoy día. En una extraña pirueta diplomática cuyas consecuencias están todavía por dilucidarse, y en continuidad con posturas precedentes (Zunes y Mundy, 2010, p. 84), asistimos al insólito apoyo que el gobierno español acaba de ofrecer a las tesis autonomistas que el estado marroquí defiende desde 2004, reformulando una posición que hasta ahora se basaba, al menos a nivel retórico, en el respeto a la legalidad internacional emanada de las diversas resoluciones de la ONU.³ Tal como sucedió con ocasión de la Marcha Verde y el abandono precipitado del gobierno español del Sáhara, se intenta una vez más decidir el destino de cientos de miles de personas sin atender a la expresión de su voluntad política, síntoma de que la *hibris* colonial está bien presente, aunque no se tenga el valor de llamarla por su nombre.

Resulta, entonces, prioritario tomar distancias, en la introducción de este trabajo colectivo, del efecto más trascendental que ha comportado ese relato hegemónico auspiciado por la dominación colonial, y asumido en buena medida por las propias elites que han regido el destino del Oeste sahariano tras la independencia de Francia y España, a saber, la inevitabilidad de las fronteras legadas por la acción colonial y por su concepción del territorio. No nos llevamos a engaño: tomar distancias con la idea de un modelo único e irrevocable de evolución política en el Oeste sahariano no significa que sea fácil –ni siquiera posible– su impugnación práctica, o que escribamos estas páginas para ofrecer alegremente una alternativa viable. Significa, simplemente, que para comprender las trágicas turbulencias experimentadas por el Oeste sahariano desde 1956, cuando el fin del protectorado sobre Marruecos puso en marcha la maquinaria de la descolonización en la región, necesitamos desnaturalizar ciertos procesos, hacer intervenir otras lecturas posibles y escapar, al menos a efectos de análisis, de las trampas epistemológicas en que nos hace incurrir el estado moderno.

Muchos investigadores que nos preceden han seguido ese camino, en relación con la cuestión de las identidades territoriales y políticas del Oeste sahariano. Sin necesidad de recurrir a Ibn Jaldún (2005) y sus consideraciones sobre la morfología social del mundo rural (*badawa*) y urbano (*hadara*), en épocas más recientes, el jurista Maurice Flory

(1957) ponía en evidencia las contradicciones existentes entre los espacios oeste-saharianos del período pre-colonial, donde no existían fronteras territoriales (*borders*, en inglés) y las identidades políticas se definían en base al *ius sanguinis* o al *ius religionis*, y los mismos espacios y poblaciones tras el advenimiento de las independencias, gobernados por regímenes que reivindicaban un *ius solis* –o sea, la adscripción a un espacio territorialmente delimitado–, una reificación colonial que no obstante se transformó, en virtud de los conflictos *nacionales* abiertos casi de inmediato (Correale, López Bargados y Torres García *infra*), en un factor histórico que movilizó imaginarios precoloniales totalmente mitificados para consolidar los estados legados por las potencias coloniales (Bonte, 2016). Si bien a estas alturas parece claro que la idea misma de un territorio político de contornos relativamente precisos constituye un ejemplo claro de la sombría herencia colonial, esto no significa que las poblaciones no estableciesen vínculos con el espacio por el que transitaban, tanto en lo que el propio Flory (1979) definía como el *ensemble mauritanien* –es decir, el *Bilad ash-Shinguiti* de los cronistas árabes–, como en las áreas situadas al norte. Los estudios sobre el rico acervo poético del Oeste sahariano han demostrado cómo los diversos accidentes geográficos del espacio, los innumerables puntos del relieve, aparecen con enorme frecuencia en las creaciones de los poetas saharianos, actuando al mismo tiempo como sistemas de orientación y como formas de apropiación simbólica y emocional del territorio (Gimeno Martín y Robles, 2013). Esas expresiones parecen lógicas si tomamos en consideración el modo de vida nómada que practicaban buena parte de los habitantes del Oeste sahariano; el conocimiento detallado del espacio, de las rutas más rápidas y seguras para alcanzar una zona de pastos, podía constituir la diferencia entre la vida y la muerte de los rebaños, y con ello del bienestar o la ruina de las familias. En cuanto a los derechos de propiedad que afectaban al espacio, éstos se concentraban en una suerte de titularidad sobre pozos y aguadas, determinada por la identidad tribal atribuida a quienes los perforaron o consolidaron, y en sistemas de acceso preferente a las zonas de pastos (Bonte, 1987, 2008; Caratini, 1989). Las *qaba'il* reclamaban continuamente sus derechos sobre ciertas áreas amparándose en la autoridad de las tradiciones orales, estableciendo perímetros difusos a partir de los pozos o de los accidentes del terreno, pero la fluidez de las relaciones entre los grupos, las tensiones permanentes por el control de unos recursos objetivamente escasos, provocaba intersecciones constantes, conflictos de competencia y, en fin, desacuerdos que podían desembocar en enfrentamientos directos, en especial cuando las rutas comerciales debían atravesar ese mosaico cambiante de áreas de influencia (Lydon, 2009; McDougall, 1985). Incluso en las zonas meridionales del Oeste sahariano, donde ya en el curso del siglo XVIII se habían consti-

tuido formaciones políticas supratribales siguiendo los criterios jerárquicos hegemónicos en la región –los célebres emiratos del *ensemble mauritanien*–, los límites territoriales de esas entidades eran porosos e inciertos.

Sea como fuere, y a pesar de que la historiografía y la etnología coloniales se apoderaron a su conveniencia de los relatos elaborados por las poblaciones colonizadas, a pesar de los trágicos eufemismos que contenía la llamada «penetración pacífica» (Gouraud, 1910), es evidente que los pueblos del Oeste sahariano no se resignaron al papel de marionetas que les reservaban las representaciones de las metrópolis y continuaron produciendo y escribiendo su propia historia. De una forma u otra, todas las contribuciones de este libro documentan al mismo tiempo el peso y la influencia trascendental del ciclo histórico abierto por el imperialismo europeo moderno en el Oeste sahariano –inaugurado con la fundación de San Luís del Senegal en 1659 para el caso francés y con la de Villa Cisneros (actualmente Dajla) en 1884 para el español– y la tenacidad de sus habitantes para resistirse a dejarse arrastrar por la corriente de una historia escrita desde las cancillerías europeas. Es cierto que esa doble circunstancia se refleja especialmente en los tres primeros artículos que componen esta compilación (Acloque y Evrard, López Bargados y Correale), que describen episodios sucedidos durante el dominio colonial, pero puede hacerse extensiva a otros. Y eso es tanto más cierto cuanto que el dominio colonial, en el Oeste sahariano, no es patrimonio únicamente del imperialismo europeo, sino que, como veremos, presenta una inquietante continuidad en la situación que padece el Sáhara Occidental desde 1975 (Barreñada y Abdi Mohamed, *infra*).

Queda pendiente la cuestión de los autocalificativos que emplean los habitantes del Oeste sahariano, y si de un modo u otro éstos constituyen el signo de alguna forma de identidad compartida. Dejando al margen a los colectivos no arabófonos a los que ya hemos hecho referencia –al norte y al sur del territorio–, no existe ningún etnónimo que integre a la totalidad de los hablantes de *hassaniyya*, que no obstante constituyen un área cultural discreta y fácilmente identificable. Y no existe porque el término *bidan* (lit. los «blancos»), que habitualmente se aduce como el etnónimo propio del Oeste sahariano, se encuentra atravesado por el orden jerárquico de esa sociedad, y solo designa *stricto sensu* a aquellos linajes que pueden acreditar un origen árabe o beréber, excluyendo así a los *sudan*, a los *harratin* y *'abid*, de orígenes inciertos, pero culturalmente integrados en el espacio hassanófono. Y ni que decir tiene que los términos cincelados o directamente nacidos de la experiencia colonial, a saber, «marroquíes», «mauritanos» o «saharauis», carecen de cualquier voluntad unificadora (Mundy, 2005, 2015). Así pues, los habitantes hassanófonos del Oeste sahariano comparten, sin duda, la idea

de pertenencia a un área religiosa, cultural y lingüística común, participan de una estructura social relativamente homogénea –el sistema de linajes y de *qaba'il*– y movilizan mitologías análogas sobre su pasado, pero todo ese *background* no se ha traducido hasta el momento en ninguna identidad aglutinadora capaz de superar los abismos levantados por la experiencia colonial. En este libro va a emplearse ocasionalmente el término *bidan* como marco de referencia de las poblaciones mayoritarias del Oeste sahariano, y asimismo su traducción común al castellano, «moro» o «mora» (del francés «maure»), pero habrá que entender las limitaciones que presenta ese empleo, despojándolo además de las connotaciones estigmatizantes que acompañan al término «moro» en la península ibérica.

Colonialidad y colonialismo en el Oeste sahariano: la cuestión del Sáhara Occidental

En ningún otro caso se percibe mejor la losa que la experiencia colonial ha supuesto para el Oeste sahariano que en el dossier eternamente inconcluso del Sáhara Occidental. Como los lectores tendrán la oportunidad de constatar, la mitad (ocho) de las contribuciones abordan, de manera directa, ese contencioso territorial, bien durante la ocupación española (Ahmed Omar, López García, Haidar Atik, Barreñada y Abdi Mohamed), bien una vez España puso fin a su presencia en el terreno (González Hidalgo, Veguilla del Moral, Lakhel, Gómez Martín). Además, otras tres contribuciones (López Bargados, Correale, Torres García) describen situaciones o episodios que guardan una relación, como mínimo, indirecta con el conflicto abierto en el momento en que, en plena agonía del dictador Francisco Franco, y ante la retirada precipitada de España del Sáhara Occidental (y con su connivencia), el gobierno marroquí penetró al sur del paralelo 27°40',⁴ vulnerando las resoluciones de la ONU y las promesas de autodeterminación que la administración española saliente había realizado a sus habitantes. Como tendremos ocasión de justificar, creemos que nada muestra mejor el impacto profundo de la experiencia colonial sobre el Oeste sahariano, la relevancia de lo que Quijano y el resto de teóricos de la corriente decolonial definen como la «colonialidad del saber y del poder» (Lander, 2003; Castro-Gómez y Grosfoguel, 2007; Mignolo, 2010), y que aquí cristaliza en la omnipresencia de un expediente que tiende a fagocitar todo lo que hay a su alrededor, desde aspectos de gran relevancia internacional como las relaciones entre países vecinos (Marruecos, España, Argelia...) hasta detalles en apariencia banales como las formas de transliterar un término árabe a las lenguas europeas o, para el caso que nos ocupa, el carácter y procedencia de las contribuciones que reúne un

libro como éste. Si es cierta la idea de que la colonialidad configura todo un orden de representaciones que va mucho más allá del mero colonialismo, habrá que convenir que es justamente en los detalles nimios, por ejemplo en los desacuerdos cotidianos entre académicos, donde puede seguirse mejor su rastro.

Cada uno a su manera, esos proyectos presentan impecables credenciales anticoloniales. El gobierno marroquí las exhibía cuando declaraba que la ocupación del Sáhara Occidental pretendía culminar la liberación de los últimos vestigios de colonialismo europeo y completar en su integridad su mítico imperio precolonial, sacudiéndose a la vez el yugo argelino y la mano francesa que lo empujaba. Por su parte, el Frente Polisario, autoerigido –y reconocido como tal por la ONU en 1975 (Barreñada y Abdi Mohamed, *infra*)– en representante único del pueblo saharauí, apelaba al heroísmo de la lucha armada contra la potencia colonizadora (España) entre 1973 y 1975, y a continuación contra la nueva potencia ocupante (Marruecos), para construir un discurso autocomplaciente sobre la autodeterminación de los pueblos. Parafraseando a Jacques Rancière (2010, p. 63), estamos tentados a señalar que aquí nos enfrentamos a una forma particularmente elevada de desacuerdo, al «choque de dos regímenes de sensorialidad».

De hecho, esa batalla por el relato entre intelectuales y académicos ya se había librado años antes, con ocasión de la independencia de Mauritania (1960), que, como el Sáhara por aquel entonces español, también aparecía en el mapa del Gran Marruecos auspiciado desde 1956 por Allal al-Fasi⁵ y el partido Istiqlal (Correale, 1998, pp. 4-11). Desde entonces, habrá que convenir que la polarización no ha hecho otra cosa que aumentar, hasta el punto que –con pocas excepciones– cualquier análisis que pretenda escapar de las estrictas consignas impuestas por la militancia se vuelve casi imposible para aquellos autores que representan, voluntariamente o no, a las dos partes. La prueba más palpable de esas afirmaciones la hallamos en la lista final de autores y ensayos que reúne este libro. A pesar de las múltiples convocatorias e invitaciones a participar que hemos enviado a nuestros colegas marroquíes, finalmente ninguno de ellos ha acogido favorablemente nuestra propuesta, tampoco cuando se les conminaba a intervenir con algún caso u objeto centrado en el sur de Marruecos. Desde un punto de vista estrictamente estratégico, cabe preguntarse si el silencio que se desprende de toda esa autocensura –quién sabe si boicot– ofrece alguna recompensa a la perspectiva que teóricamente representa. La respuesta de los investigadores saharauis ha sido, en cambio, generalmente favorable al proyecto, lo que pone de relieve, es de suponer, tanto el sesgo ideológico que se atribuye a los editores, como el afán de visibilidad que requiere el punto de vista «saharauí» sobre la cuestión, como también tuvimos la oportunidad de constatar en 2016, con ocasión de una

conferencia internacional que tuvo lugar en París, y cuyas actas están publicadas (Boulay y Correale, 2018). Por simple deducción, si los investigadores y académicos marroquíes no han sentido la necesidad de participar en este foro debe ser, quizá, porque, a diferencia de sus colegas saharauis, no necesitan ni una visibilidad compensatoria, ni tampoco aumentar su lista de problemas con una intervención incómoda.

Marcar unas reglas, acotar un campo de juego y convertir en extemporánea toda intervención a contracorriente: he ahí un ejemplo del peso de la colonialidad sobre el debate que atraviesa la historia reciente del Oeste sahariano. Sometidos tantos autores de uno y otro lado a los límites impuestos por las tesis oficiales, resulta inevitable evocar, en el caso de las contribuciones que forman parte de este libro, las poéticas del punto muerto a las que hacía referencia López Bargados (2015), a la suspensión del debate en favor de la celebración acrítica del punto de vista partisano, a la imposibilidad, en fin, de establecer una frontera, por precaria que sea, entre la actividad científica y la simple propaganda. Se ha repetido que el contencioso del Sáhara Occidental es, de hecho, una especie de anacronismo histórico, el último de los conflictos heredados de la política de bloques de la Guerra Fría; a un lado, Marruecos, apoyado por Francia y Estados Unidos; al otro, el Frente Polisario, sostenido por gran parte del tercermundismo y por los estados afines al bloque soviético, Argelia y Libia para empezar. En cualquier caso, esa constatación pone de relieve la parálisis que, como una mancha de aceite, se extiende por el Oeste sahariano y los países circundantes, la sensación de que todo ya ha sido dicho, y que nada nuevo puede decirse mientras no se alcance una forma u otra de solución. Como no podía ser de otra manera, esta compilación ha sufrido también la intensa atracción que proviene de ese agujero negro. Tanto si nos referimos a la ausencia de autores marroquíes como al acentuado sentido de la militancia que rebosa en las intervenciones de los autores saharauis —y algunos no saharauis—, todos los análisis e interpretaciones parecen rehenes de un conflicto interminable, más aún tras la reanudación de las hostilidades a partir de noviembre de 2020. Es posible que las cosas no puedan suceder de otro modo, pero creemos necesario subrayar que la prisión mental a la que nos arroja el contencioso acaba por resultar asfixiante y, tal vez, improductiva.

El Oeste sahariano ¿un área propicia para las sociedades civiles?

Identificar sociedades civiles en el Oeste sahariano, tanto en el pasado reciente como en la actualidad, parece más una cuestión de fe que una realidad empírica. Entendida como el conjunto de organizaciones emanadas del cuerpo social, que proporcionan un sentido de la partici-

pación comunitaria al tiempo que articulan las demandas colectivas, ejerciendo un contrapeso ante la tendencia al exceso de las elites que monopolizan el poder y las instituciones, esa morfología social resulta un bien escaso en el Oeste sahariano. Tal vez la excepción sea la República Islámica de Mauritania de los últimos años, una vez se puso fin al gobierno de Maauya uld Sid ‘Ahmed Taya en 2005, que puede mostrar parcialmente algunos de los signos que hacen reconocible una sociedad civil (v. Freire y Taleb y Maimone, *infra*). En cambio, el resto del espacio oeste-sahariano dista mucho de ofrecer los márgenes de libertad y de compromiso activista que parecen rasgos característicos de una sociedad civil; bien porque se hallan en condición de refugio, bajo ocupación o sometidas a regímenes autoritarios, buena parte de las poblaciones del Oeste sahariano enfrentan demasiados obstáculos para articularse como «sociedades civiles». Tal vez por ello, gran parte de las movilizaciones que recoge este volumen adoptan un sesgo agonístico, presentándose como irrupciones e interrupciones bruscas y a menudo violentas de un orden político acostumbrado a la gestión autoritaria (Veguilla del Moral, Lakhel y Gómez Martín, *infra*).

Por otra parte, y ante la ilusión de una total transparencia, que haga perfectamente legibles los móviles y estrategias que persigue y justifica la acción social, los editores de este volumen no compartimos ese optimismo analítico. Creemos, en cambio, que siempre hay múltiples aspectos opacos, que se resisten a todo esfuerzo interpretativo, o que cuando menos lo abocan al campo de la simple conjetura. He ahí la complejidad del trabajo que acometen las ciencias sociales pues, en ocasiones, el sentido de la acción social escapa incluso a sus protagonistas. Por ello, la naturaleza política que otorgamos a los casos estudiados contiene aspectos arbitrarios: presumimos que quienes se movilizan se levantan de una forma u otra contra la opresión que creen padecer y compartir con otros actores, y que el ejercicio de un poder, como decía Foucault (1994, p. 407), contiene en sí mismo el germen de la resistencia. Pero nos resulta imposible corroborar esa afirmación asumiendo una definición restringida o convencional del poder; no sabemos con certeza las razones que inducen a un individuo a manifestarse en las calles de su ciudad, a participar en una operación de rapiña contra el rebaño de un grupo vecino, a incorporarse a un movimiento social. A no ser que convengamos de manera abstracta que toda acción colectiva presenta un componente político, esto es, que supone el ejercicio, la impugnación y/o la competencia por el poder, al menos una parte de las intenciones de los actores nos resultan impermeables al esfuerzo analítico.

Tampoco nos parece apropiado considerar «populares» las formas de movilización que aquí recogemos. Hace ya bastantes años, Bourdieu (1983, p. 98) consideró que «popular» era una suerte de «epíteto mági-

co», un término impreciso que servía fundamentalmente para destacar por defecto las expresiones culturales legítimas de aquéllas (populares) que no lo eran, una estrategia clasificatoria en los procesos de distinción social. En cuanto al sustantivo al que hace referencia, ese «pueblo» que en los últimos años ha sido tantas veces invocado como sujeto político indeterminado y por eso mismo cargado de promesas (Laclau, 2005), parece a todas luces una idealización poco elaborada que reúne al conjunto de los dominados en un cuerpo único que se percibe como capaz de intervenir como tal en la arena política, un confuso imaginario que fusiona los intereses diversos –y a veces antagónicos– de los grupos subordinados. Por otra parte, en el Oeste sahariano, tal vez con la excepción de los primeros regímenes mauritanos surgidos de la independencia, dirigidos por Mujtar uld Daddah y Muhammad Khuna uld Haidallah (Marchesin, 1992; Ould Ahmed Salem, 2013), de los movimientos de vocación proletaria como el baazismo (Freire y Taleb, *infra*) y el partido de los *kadihin* en Mauritania (Ould Cheikh, *infra*) o el Tanzim marroquí (Haidar Atik, *infra*), la única formación política que ha invocado de manera reiterada al pueblo como fuente de legitimidad ha sido el Frente Polisario (Barreñada y Abdi Mohamed, *infra*). Resulta tentador avanzar algunas hipótesis que puedan explicar esa invocación tan ostentosa del sintagma «pueblo»: en primer lugar, una estructura social de base muy fragmentada, que los antropólogos han descrito con frecuencia como «segmentaria»; en segundo lugar, el carácter revolucionario del proyecto político asumido por el Frente, cuyas implicaciones estructurales en la sociedad configurada en los campamentos de refugiados no pueden dejar de subrayarse (Caratini, 2006); por último, la evidencia del exilio, donde es probable que las referencias al imaginario nacional fueran más problemáticas (Gómez Martín, 2011). Sea como fuere, es dudoso que las movilizaciones que aquí abordamos sean «populares» en algún sentido, a menos que lo «popular» no sea más que un eufemismo, una manera retorcida y equívoca de calificar lo «colectivo», en cuyo caso deberemos convenir que, con independencia del número de individuos comprometidos, las movilizaciones son, en efecto «colectivas».

La mayor parte de los casos tampoco son «populares» por oposición a los «oficiales», es decir, aquellos auspiciados directamente por el estado o que cuentan con apoyos institucionales importantes –con la excepción de Zemla en 1970 (Ahmed Omar, *infra*). Probablemente, el caso más representativo que ilustra cuán borrosas pueden llegar a ser esas fronteras sea el de la Marcha Verde (López García, *infra*), una movilización de masas, que sin duda concitó el entusiasmo «popular», a pesar del hecho de que su impulso y organización corriesen a cuenta del *majzen* marroquí. En el momento en que se recrudecía la presión sobre el destino inmediato que iba a correr la colonia una vez se consumase el

fin de la administración española, el estado marroquí quiso ofrecer a la comunidad internacional la imagen de que la tesis de la marroquinidad del Sáhara no contaba solo con el apoyo militar, sino que también alcanzaba una mágica unanimidad en la sociedad «civil» (en el sentido gramsciano, es decir, incluyendo a las mayoría de las formaciones políticas en la ecuación de «lo civil»).

Pero la Marcha Verde no es el único caso en que las movilizaciones estudiadas encajan mal en el marco «popular». Es cierto que los casos restantes toman como objetivo la impugnación o el control de un estado erigido en objeto antagonista, y que en esa medida carecen del reconocimiento «oficial» prestado por el *majzen* a la Marcha Verde. Sin embargo, los recursos del estado marroquí se movilizaron, si se quiere de manera indirecta, en el caso de la intervención del Ejército de Liberación en Ifni y el Sáhara (López Bargados y Correale, *infra*), así como en la insurrección pro-marroquí de Tinduf (Torres García, *infra*), mientras que la estrategia *entrista* puesta en práctica por el baazismo en sucesivos gobiernos mauritanos (Freire y Taleb, *infra*) tampoco merece exactamente el calificativo de «popular». Por otra parte, aunque solo sea apelando a criterios cuantitativos, resulta difícil calificar como «populares» a iniciativas que logran movilizar apenas a decenas o centenas de individuos, como es el caso del *gazi* de Mutunsi (Acloque y Evrard, *infra*), la rebelión organizada con ocasión del *amaggar* de Tantán en 1972 (Haidar Atik, *infra*) o, una vez más, la insurrección de Tinduf en 1962 (Torres García, *infra*). Se mire como se mire, lo «popular» no es más que una categoría espectral, que contribuye tanto a oscurecer como a clarificar las situaciones descritas en este volumen.

Distinta es, creemos, la acomodación de los casos escogidos a la corriente movimentista. Más allá de las simpatías que nos pueda suscitar el concepto de «movimiento social», las situaciones que se describen en este volumen se ajustan de manera general a las características que Tarrow (2004, pp. 23 y ss) atribuye a dicha categoría, en la medida en que están regidas por una «acción política contenciosa» que se basa en marcos comunes de acción colectiva y en identidades compartidas. Aunque en primera instancia muchos de los casos estudiados puedan parecer episodios aislados y de naturaleza efímera, incapaces por ello de sostener un desafío al *statu quo* de manera continuada, demuestran sobradamente esa capacidad cuando se inscriben en un ciclo de protestas más amplio, que arroja una perspectiva distinta de la cadena de acontecimientos. Ese es, si se quiere, uno de los objetivos que persigue este libro: atender al detalle de las situaciones, restituir su morfología, el modo en que se producen las apropiaciones del espacio, sin perder de vista aquellas corrientes subterráneas de la acción colectiva que trazan un hilo invisible a través de tiempo. En este sentido, la manifestación de Zemla (Ahmed Omar, *infra*), la revuelta de Tantán (Haidar Atik, *in-*

fra) o las manifestaciones de mayo de 1975 en Aaiún y otras ciudades de la colonia española (Barreñada y Abdi Mohamed, *infra*) forman parte de un ciclo que, cuando menos, se abrió con ocasión de la emergencia del Ejército de Liberación en el Sáhara, tuvo una réplica inesperada en la Marcha Verde, y concluyó con el abandono español y la ocupación marroquí. Contra la tesis que insiste en el hecho de que el proyecto nacional saharauí surgió por creación espontánea a finales de la década de 1960, con Bassiri y su movimiento actuando como catalizadores, este libro subraya los vínculos en nuestra opinión convincentes que unen el ciclo que *a priori* inaugura la manifestación de Zemla con un pasado inmediato, que se remonta a los efectos de la guerra de 1957 y 1958. Del mismo modo, aunque ese ciclo sea tal vez más obvio y haya sido subrayado por diversos autores (Barona Castañeda, 2015; Wilson, 2016; Zunes y Mundy, 2010), en los territorios ocupados por Marruecos se abrió un nuevo ciclo de protestas una vez se alcanzó el alto el fuego en 1991. La cristalización formal de esa oleada tuvo lugar con ocasión de las manifestaciones de estudiantes saharauis de 1999 (Lakhal, *infra*) y alcanzó su madurez durante la intifada de 2005, mientras sus ramificaciones se prolongaron, por supuesto, hasta Gdeim Izik en 2010 (Gómez Martín, *infra*) o las demandas laborales de los jóvenes saharauis diplomados de 2016 (Veguilla del Moral, *infra*).

Ahora bien, este libro no pretende solo detectar las cadenas a simple vista coherentes que unen unos casos con otros; intenta también comprender los giros de guión, el distinto peso que ciertos factores juegan en el momento de articular y dar continuidad a las movilizaciones. Procura, más aún, preguntarse por qué algunos encadenamientos se antojaron imposibles, qué elementos en juego explican que se rompiera ese hilo invisible que conforma un ciclo de protesta o qué móviles facilitaron, por el contrario, su desarrollo. Si se toman como ejemplo los dos ciclos de movilizaciones descritos en el antiguo Sahara Español, se percibe una cierta evolución estratégica por parte de los colectivos saharauis, que pasan de proclamar eslóganes nacionalistas más o menos clásicos a articularse en torno a reivindicaciones sociales básicas o sobre demandas de respeto a los derechos humanos. No se abandona por completo la reivindicación nacionalista, que de hecho se reactiva a partir de las manifestaciones de 2005-2006 (Lakhal, *infra*); se trata, más bien, de lograr una respuesta menos represiva por parte de las autoridades marroquíes con el fin de reducir la marginalización de las comunidades saharauis y mejorar algunas de sus condiciones (trabajo, salud, educación, etc.). Esta estrategia comportó un proceso de autocensura que evitaba, por ejemplo, el recurso a la palabra «saharauí». Con ello, se rozaba el umbral de tolerancia del régimen al tiempo que se solicitaba la intermediación de los notables locales, convocados desde Rabat para atender las reivindicaciones sociales y evitar así que se transfor-

masen en reivindicaciones puramente políticas (Veguilla del Moral, *infra*). Podría parecer que esa estrategia habría permitido la construcción de puentes con las reivindicaciones sociales marroquíes articuladas, en 2011, en torno al Movimiento 20 de Febrero. En realidad, se trata de un vínculo ficticio. Aunque ya Noam Chomsky⁶ había hecho referencia a las manifestaciones de Gdeim Izik, de octubre y noviembre 2010, como precursoras –si no como su desencadenante– de las célebres Primaveras Árabes, en nuestra opinión, las reivindicaciones saharauis nunca fueron asumidas por el Movimiento 20F. Por otro lado, aunque en el relato que elabora el nacionalismo saharauí la constitución del campamento de Gdeim Izik sea un momento álgido, un punto de inflexión en las reivindicaciones políticas y sociales de las poblaciones en los territorios controlados por Marruecos, la movilización en sí no tuvo resultados significativos. Al mismo tiempo, los cambios introducidos en la Constitución marroquí, así como el incumplimiento de las garantías que esa modificación hubiera podido acarrear –una mayor implicación de las comunidades saharauis en el campo político con un horizonte (remoto, bien es verdad) de autogobierno y un desarrollo económico que redundase en el bienestar de esas mismas comunidades–, sugieren un cierto sentimiento de frustración que, tal vez en un futuro próximo, lleve a una nueva radicalización de las reivindicaciones políticas (Gómez Martín, *infra*).

Ahora bien, el origen y el desarrollo de las formaciones nacionalistas y, más en general, de los movimientos políticos en el Oeste sahariano, nos enseña, una vez más, que las fronteras del territorio fueron porosas por lo menos hasta 1975, es decir, hasta la invasión marroquí-mauritana del Sahara Occidental. La configuración relativamente rápida del movimiento nacionalista saharauí es, en este sentido, ejemplar. Si como ya hemos señalado, su preámbulo se encuentra en los acontecimientos del período 1956-1959 (López Bargados, Correale, *infra*), las influencias del Frente de Liberación Nacional argelino son no obstante notorias en el desarrollo del movimiento de Bassiri (Correale, 2016). En ese mismo orden de cosas, tras la represión desatada por la administración colonial española a raíz de la manifestación de Zemla (Ahmed Omar, *infra*), algunos componentes del nacionalismo saharauí en recomposición provendrán del partido mauritano de los Kadihin (Ould Cheikh, *infra*) así como del Tanzim marroquí, en el que se reconoce –y confía– el movimiento estudiantil saharauí, que actúa conjuntamente con el marroquí (Haidar Atik, *infra*). De una u otra manera, desde la década de 1950, el activismo político marroquí mantendrá relaciones con las movilizaciones que emergen, en paralelo, en el Oeste sahariano, y a pesar de todas las contradicciones y conflictos no resueltos, la ruptura definitiva solo tendrá lugar en 1975. En efecto, cuando la visión unanimista (López García, *infra*) vehiculada en nombre de la reivindicación territorial al-

cance una plena hegemonía en Marruecos, pondrá fin a otros vínculos y formas de solidaridad que habían sido una constante, a lo largo de siglos, en las relaciones entre el Oeste sahariano y las dinastías que se sucedieron en el control del sultanato del *Maghrib al-Aqsa*. Por un proceso de ósmosis, la hegemonía alcanzada por el discurso unanimista en torno a la marroquinidad del Sáhara acelerará también el desarrollo del nacionalismo saharauí y su adopción de la frontera colonial como el contorno tácito de su comunidad imaginada (Barreñada y Abdi Mohamed, *infra*).

Sería un error considerar la historia del Oeste sahariano como un compartimento estanco, aislado del flujo de ideas y corrientes políticas presentes en el mundo árabe a lo largo del siglo XX. A pesar de la intención, por parte de la administración colonial francesa, de acotar y aislar áreas culturales de contornos precisos que se fusionasen casi a la perfección con sus aspiraciones imperiales (Hannoum, 2021), lo cierto es que las grandes corrientes ideológicas que sacudieron el mundo árabe se dejaron sentir de manera significativa en el Oeste sahariano. Un ejemplo lo hallamos en el papel fundamental jugado por el *Comité de Libération du Maghreb Arabe* en la expansión de la lucha anticolonial en el Magreb. Instalado en El Cairo, y bajo la dirección del antiguo emir del Rif, Abdelkrim al-Khatabi, el comité catalizará las influencias nasseristas canalizándolas en apoyo de la estructura de partidos políticos nacionales que se había abierto paso en Marruecos, Argelia y Túnez tras la Segunda Guerra Mundial (Brondino, 1988). Otras influencias son más esquivas de rastrear, pero su impacto no resulta menos relevante; es el caso de Mauritania, donde la ideología baazista-iraquí, sólidamente implantada en el país a partir de la década de 1970 (Freire y Taleb, *infra*), tuvo un papel determinante en el conflicto que enfrentó a Mauritania y Senegal en 1989 y, por supuesto, en las concentraciones en apoyo del régimen iraquí que se sucedieron con ocasión de la Primera Guerra del Golfo, entre 1990 y 1991. Claramente, la referencia transversal que el baazismo mauritano ha puesto en juego a lo largo de estas últimas décadas es la *arabidad*, como marco de identidad y como vehículo para la movilización en el campo político, un *frame* que cobra sentido en un país con un paisaje étnico complejo y en ocasiones convulso (Ould Cheikh, 2014; Ould Mohamed Baba y Freire, 2020). Sin embargo, otros actores en el Oeste sahariano que no presentan la estructura multiétnica de Mauritania, y en particular la República Árabe Saharaui Democrática (RASD), el estado saharauí en el exilio argelino, han invocado asimismo el *locus* de la arabidad, lo que indica tanto el atractivo político de esa referencia como la larga sedimentación histórica de la que goza en el Oeste sahariano.

Nos parece importante subrayar dos últimas consideraciones en torno a las movilizaciones examinadas en este libro. La primera se refiere

a la importancia decisiva de las biografías individuales en la acción política. La primera de las contribuciones que recoge este volumen, de Benjamin Acloque y Camille Evrard, demuestra que la documentación colonial no siempre coloca a los *ressortissants*, a los súbditos de la dominación colonial, de perfil o en escorzo, y que, si se quiere, se pueden rastrear trayectorias personales de militancia activa en los archivos. Otras contribuciones también pasan revista a algunas biografías individuales cuya indiscutible personalidad carismática actuó como catalizador de las demandas colectivas y al mismo tiempo como encarnación de la lucha. Es el caso de Biram Dah Abeid y de la IRA en Mauritania, articulada en torno al combate secular contra la esclavitud (Maimone, *infra*) o, salvando las distancias derivadas de un contexto y objetivos políticos diferentes, la trayectoria de Mohamed Bassiri y la creación del *Harakat Tahrir* (Ahmed Omar, *infra*), o la de El Wali uld Mustafa Sayyid con la creación del Frente Polisario (Haidar Atik, *infra*). Sin embargo, los editores de este libro estimamos que el debate entre la acción individual y colectiva es en buena medida falso o innecesario, como nos parece un error recurrir en la épica y a la hagiografía de ciertos personajes, como si su iniciativa fuera única e irremplazable, y no se inscribiera en un contexto social sensible a la movilización política.

La segunda consideración tiene, tal vez, efectos menos evidentes sobre el campo político dada su ubicuidad, pero nos parece imprescindible mencionarla: se trata del proceso inexorable de sedentarización que han sufrido las poblaciones que habitan en el Oeste sahariano. El éxodo hacia las ciudades ha sido, antes que nada, la respuesta inevitable antes las tensiones que, en las últimas décadas, ha sufrido un nicho ecológico precario y vulnerable como el desierto y sus aldeaños. Es bien conocida la catástrofe humanitaria que provocó la concatenación de sequías en las décadas de 1970 y 1980 en Mauritania: la pérdida de la mayor parte de los rebaños, la ruina de miles de familias, la manumisión apresurada de esclavos para así evitar su manutención y, por último, la búsqueda desesperada de un refugio allí donde se canalizaba mejor la ayuda alimentaria, a saber, Nuakchot y las ciudades del sur del país, que enlazaba la llamada *route de l'espoir*, la carretera de la esperanza. El vuelco estadístico que experimentó la *ratio* nómadas/sedentarios en Mauritania a raíz de las sequías de finales del siglo pasado tiene poco parangón, y sus efectos sociológicos se han revelado duraderos; de los 4 millones de habitantes con que cuenta el país, casi un millón y medio se concentran en la capital, Nuakchot, sin duda la metrópolis del Oeste sahariano. Para una población especializada hasta la década de 1970 en la ganadería trashumante y el comercio, una tasa de urbanización actual que se acerca al 55 % del total de la población, por encima de países como Senegal, Nigeria, Egipto o, por poner un ejemplo europeo, Rumanía, no es algo que pueda tomarse a la ligera.⁷

La consolidación de una cultura urbana ha traído consigo cambios estructurales en la arena política, con lógicas de movilización y participación que de otro modo hubieran resultado imposibles: el advenimiento de un anonimato creciente, la multiplicación de interacciones efímeras y esa agitación que, para Simmel (1998), era al mismo tiempo un rasgo distintivo de lo urbano y de la vida moderna. En este sentido, las contribuciones de Freire y Taleb y de Maimone (*infra*), centradas en Nuakchot, describen un repertorio de la acción colectiva que acaso nos resulta más familiar en la Europa urbana, las congregaciones multitudinarias en lo que, a falta de otro término más preciso, vamos a llamar el espacio público mauritano. La cercanía a los centros de poder, la posibilidad de sostener un desafío continuado mediante la interrupción periódica de los flujos urbanos, otorgan a las acciones colectivas recogidas en Nuakchot una cierta singularidad, tanto más cuanto que otras ciudades del Oeste sahariano, como El Aaiún o Dajla, se hallan bajo un régimen de ocupación *de facto* que complica y condiciona las formas de expresión política en ese «espacio público» que allí, más que en cualquier otro sitio, se revela como un espacio que es patrimonio exclusivo del estado.

Tal vez la expresión más nítida de esa apropiación sin complejos, inscrita en la lógica de los regímenes de excepción, son las transformaciones que se perciben en el campo de la acción colectiva, que, o bien huye de la ciudad como escenario clásico de la confrontación, o bien trasmuta reivindicaciones políticas que una parte de los protestatarios juzgan maximalistas en favor de demandas laborales y de justicia social que puedan resultar menos desafiantes para el *establishment* y de esa manera eviten la respuesta represiva. El primer caso lo ilustra de manera convincente Carmen Gómez Martín (*infra*), en su análisis del momento de «desborde» que constituyó el campamento de Gdeim Izik, y que, no por casualidad, se instaló a 12 km de El Aaiún, ante la evidencia de que un acto de protesta semejante hubiera resultado imposible en las calles de la capital del Sáhara Occidental. Por su parte, la contribución de Veguilla del Moral (*infra*), que analiza con rigor las reivindicaciones sociolaborales de los colectivos de jóvenes saharauis en demandas de licencias de pesca o de empleos cualificados, pone de manifiesto cómo, a pesar del espíritu reformista y en apariencia «apolítico» que caracterizó esas protestas, la administración marroquí recelaba de sus eventuales derivas radicales. El hecho de que las reivindicaciones adoptasen un sesgo etnicista, sobre la base de una primacía de derechos para los autóctonos (saharauis) en detrimento de los alógenos (marroquíes), constituía un recordatorio permanente del conflicto de fondo, y podía llevar a algunos actores a considerar que las demandas de justicia redistributiva no eran más que un «disfraz» que encubría las verdaderas tensiones, asociadas a la cuestión de la soberanía del territorio. Los edito-

res de este volumen constatamos, en fin, que la morfología distinta que adoptan las movilizaciones en las ciudades del Sáhara administrado por Marruecos no se debe tanto a variables demográficas –son, en efecto, ciudades sensiblemente más pequeñas que Nuakchot– como al hecho de que se trata de poblaciones que llevan décadas viviendo en la práctica bajo un estado de sitio, si se quiere de baja intensidad, siempre a la espera del próximo estallido social.

Sin embargo, los procesos de urbanización en el Oeste sahariano, bien que modestos, son anteriores a las catástrofes ecológicas vividas en el último tercio del siglo xx. Dejando al margen iniciativas excepcionales como Smara, fundada por el Sayj Ma el Ainin, o la adaptación que las poblaciones nómadas mostraron a los centros de poder colonial, las aglomeraciones de jaimas que acompañaron a los destacamentos militares y que muchas veces acabaron por convertirse en pueblos y ciudades incipientes, la explotación capitalista de los recursos minerales del Oeste sahariano fue ocasión para la aparición de experimentos singulares de planificación urbana en torno a la mina de fosfatos de Bu Craa en el Sáhara Español (Bárbulo, 2002) y en torno al yacimiento de hierro de Zuerat, que dio lugar a las ciudades que la MIFERMA levantó de la nada junto a la mina (Bonte, 2001) y asimismo en Nuadibú, punto final del ferrocarril que transportaba el mineral hasta el puerto industrial. En ese contexto de profunda alienación que con tanta minuciosidad retrata Ould Cheikh (*infra*) tuvo lugar un proceso de proletarianización casi diríamos que único en el Oeste sahariano, y que tuvo su punto de inflexión en la sangrienta represión que el ejército mauritano, de común acuerdo con las elites europeas que gestionaban la MIFERMA, abatió sobre los trabajadores en huelga el 29 de mayo de 1968. La masacre de Zuerat constituyó, en efecto, el catalizador que multiplicó las manifestaciones anti-imperialistas a lo largo y ancho del país durante 1968 y que acabó por cristalizar en la constitución de un partido de raíz inequívocamente marxista como el MND, en partido de los *kadihin* (lit. «obreros»), un actor clave para la emergencia de una «contracultura de protesta» (Ould Cheikh, *infra*) en la primera mitad de la década de 1970.

Las razones para una cronología

Como es bien sabido, las decisiones que comportan una selección constituyen una primera y decisiva tentativa de interpretación de la realidad. Invocar, a estas alturas, la arbitrariedad del azar o la importancia objetiva de los casos elegidos es comprender poco y mal los dilemas epistemológicos que a cada paso deben afrontar las ciencias sociales. Es obvio que los editores de este volumen subrayamos ciertos episodios

en detrimento de otros, y que, mal que bien, el resultado configura un relato de las expresiones políticas más significativas que se han acumulado en el Oeste sahariano, una historia que aquí deseamos contemplar en su conjunto, pero que, hasta el momento, se ha acostumbrado a revisar separadamente. Sin embargo, y con el fin de ofrecer un retrato más completo, hubiera sido necesario recuperar otros casos que, por razones que en buena medida ya hemos expuesto, han quedado finalmente fuera de foco. Querriamos, al menos, mencionarlos, mostrar por un momento las zonas en penumbra a fin de que el lector pueda apreciar una panorámica integral de una narración que cuenta con más elipsis de las que hubiéramos deseado.

La selección hubiera podido, efectivamente, remontarse en el tiempo hasta las primeras fases de la intervención colonial sobre el litoral sahariano, y trazar así las constantes que atravesaron la política indígena de Francia y España, establecer una suerte de canon en las modalidades de resistencia anticolonial. No será por falta de episodios dignos de interés: desde los ataques que sufrió Villa Cisneros en la década siguiente a su fundación (1884-1895) hasta la crónica, teñida de épica romántica al estilo *Beau geste*, de los enfrentamientos entre las unidades meharistas del Adrar mauritano y los «disidentes» del norte –de los que Mutunsi fue en cierto modo el gesto póstumo–, pasando, por ejemplo, por la epopeya de Sayj Ma el Ainin y sus descendientes, la ascensión y caída del proyecto comercial de Donald Mckenzie en Tarfaya (Parsons, 1958), la conquista francesa del sur de Mauritania con la anuencia de (algunos de) los grandes *marabouts* del Oeste sahariano (Depont y Coppelani, 1897; Robinson y Triaud, 1997) o los secuestros de pilotos de la *Aéropostale* en la década de 1920 (Vergniot, 1988). Todos esos casos eran pertinentes en una compilación como ésta, y si hemos optado por eludirlos es porque algunos ya han sido explorados con mayor o menor detalle con anterioridad (en particular la epopeya de Sayj Ma el Ainin: Domenech Lafuente, 1954; Caro Baroja, 1955; Désiré-Vuillemin, 1958; Norris, 1968; du Puigaudeau, 1971; Martin, 1978; Traoré, 1981; Correale, 1998; Hernández Moreno, 2011; Blalack, 2020, y la lista podría ser más larga) mientras que otros apenas cuentan con fuentes que permitan un análisis en detalle. Se trata, en efecto, de casos que ilustran la fase de conquista y consolidación del proyecto colonial en el Oeste sahariano, sobre el que hay una bibliografía basada fundamentalmente en la investigación de los archivos coloniales, una fuente inagotable de información en la que, sin embargo, y tal como señalaron cada uno a su manera Guha (2002) o Ginzburg (2003), no siempre resulta fácil rastrear el punto de vista de los grupos subalternos, en este caso los colonizados.

Por ello, nos ha parecido más estimulante abandonar los caminos más conocidos y transitar períodos a los que hasta el momento se ha

prestado menos atención. Es verdad que nos hubiera complacido contar en especial con una contribución dedicada a Ahmed el-Hiba, hijo del Sayj Ma el Ainin, conocido como el Sultán Azul, proclamado en Marrakech en 1912 por gran parte de los caídos que solo algunos meses después apoyarían la intervención francesa. La crónica de este acontecimiento hubiera constituido un verdadero desafío para la propia definición del Oeste sahariano como un área cultural de contornos precisos, pues en aquella época el sur del actual Marruecos y las áreas septentrionales del Oeste sahariano constituían en su conjunto un «espacio de resistencia» a la colonización francesa. Como un imitador ortodoxo de las dinámicas de gestación imperial reveladas por Ibn Jaldún en el siglo XIV, donde la *'assabiyya* (la solidaridad agnática) de un contingente armado y movilizado en torno al carisma de una figura religiosa bastaba para hacer y deshacer imperios, la historia de Ahmed el-Hiba pone en efecto de relieve la artificialidad de las fronteras surgidas a raíz de la colonización.⁸

Entre los *cas d'étude* que deberíamos haber incluido también hubieran encontrado acomodo las movilizaciones sociales que tuvieron lugar en Sidi Ifni en 2005 y 2008.⁹ Estas últimas nos parecen un claro ejemplo de la voluntad de las poblaciones de las regiones situadas entre Wad Nun y Wad Draa de escapar de la marginación política a la que parece haberlas abocado el gobierno marroquí. Sidi Ifni es, además de una ex-colonia española que se retrocedió tardíamente a Marruecos (en 1969), y cuya falta de compromiso con la independencia del país en 1956 fraguó una relación de desconfianza por parte de la administración marroquí que se arrastra desde entonces, una ciudad situada entre la espada y la pared. Al norte, las potentes áreas de Agadir y Marrakech, que se benefician de unos programas desarrollo y de una visibilidad que guardan una evidente continuidad con el clásico *Maroc utile* de matriz colonial. Al sur, lo que la división administrativa del gobierno de Marruecos reconoce como las «provincias del sur», es decir, las áreas del Sáhara Occidental ocupado por Marruecos, que drenan una parte significativa de las inversiones del estado y que, dada su situación, generan una visibilidad sobrevenida dentro y fuera del país. El análisis de las manifestaciones de Sidi Ifni hubiera aportado sin duda elementos importantes para enriquecer nuestra comprensión del peso a menudo abrumador que el legado colonial ejerce sobre ese espacio, como lo demuestra el asalto al antiguo edificio colonial de la Pagaduría y la invocación a contrapié de la herencia colonial como vía para la redención de la marginación social y política.¹⁰

Un último estudio de caso interesante hubiera sido, por supuesto, el análisis de las diversas movilizaciones que han tenido lugar en los campamentos de refugiados saharauis al menos desde 1991, fecha en que se estableció el alto el fuego que solo se rompió a finales de 2020. Esas

manifestaciones apenas han encontrado eco en los ambientes cercanos a la «causa saharauí», mientras que, por el contrario, reciben gran atención por parte de los medios marroquíes. Contrariamente a la *doxa* pro-saharauí, que las enmarca en un contexto de disensión prácticamente residual con respecto al proyecto nacional que encarna el Frente Polisario y, bien reduce su significación a la mínima expresión, bien elude abordarlas en provecho de consideraciones tácticas del tipo «ahora no toca» o «no demos argumentos al enemigo», creemos que ese silencio velado ha sido un error reproducido a lo largo de los años. La única ocasión, hasta donde sabemos, en que algunos de esos escenarios de protesta tuvieron repercusión sobre el papel –si descontamos las campañas de difusión, es verdad que muy activas, que circulan a través de las redes sociales– fue con ocasión de la publicación del libro de Alejandro García (2001), y han pasado veinte años desde entonces. Los editores de este volumen creemos, por el contrario, que la reflexión crítica sobre esas movilizaciones, por dolorosa o incómoda que pueda resultar a algunos actores, constituye un paso imprescindible para escapar a esas poéticas del punto muerto en que está instalada una literatura demasiado complaciente con las causas propias e implacable con las ajenas. La mera idea de que una sociedad que arrastra una situación de refugio durante 45 años pueda ser una balsa plácida de consenso y unanimidad es, sencillamente, absurda y ridícula. Dilucidar con rigor los conflictos que lógicamente atraviesa una sociedad dinámica, y políticamente muy activa, no puede constituir una amenaza más que para aquellos que se benefician directa o indirectamente de ese pacto de silencio. Otros muchos pueblos a lo largo de la historia han tomado el mismo camino, a saber, esconder o aplazar el disenso interno bajo la alfombra con el pretexto de que la causa nacional era prioritaria. Estamos convencidos de que la causa no es tan precaria y vulnerable como para que no pueda sostener sus propias contradicciones; por el contrario, nos parece que identificarlas y reflexionar sobre ellas es una forma de reforzarla.

Así pues, los editores de este volumen hemos elegido como punto de partida para el análisis de las movilizaciones políticas en el Oeste sahariano el momento en que, por retomar el lenguaje colonial, se puso fin a la «disidencia» contra el avance francés y español en el territorio. El combate de Mutunsi, brillantemente analizado por Acloque y Evrard (*infra*), fue, en este sentido, el canto del cisne de una forma de relacionarse con las administraciones coloniales, un juego del gato y del ratón en el que la inviolabilidad de la frontera colonial ofrecía amparo a los *gezu* que se adentraban en la colonia francesa de Mauritania para volver a ganar de inmediato el refugio del Sáhara Español. Ya fuese a causa del impacto que Mutunsi tuvo en las metrópolis (y principalmente en Francia), ya porque la administración española bajo la Segunda República

pretendía consolidar un proyecto colonial hasta entonces acantonado en el litoral, el Sáhara dejó de ser progresivamente una zona segura para los guerreros *bidan* recalcitrantes. Se impuso así una precaria *pax colonial* sobre el Oeste sahariano, un período de dominio indiscutido que, con pequeñas crisis, alcanzaría la década de 1950, cuando el retorno del sultán Mohamed V de su exilio en Madagascar, antesala del fin del Protectorado sobre Marruecos, abrió un escenario nuevo e incierto.

A continuación, el libro presta especial atención al período que se abre una vez concluye la *pax colonial*. Se trata, como decimos, de un período que nos parece subanalizado, y con intervenciones que se deben en su mayor parte a autores coloniales —en particular, a militares y exmilitares españoles (entre otros: Fernández Aceytuno, 2001; Diego Aguirre, 2008; Casas de la Vega, 2008)— a menudo solipsistas, cerradas sobre sí mismas, que apenas pretendían establecer puentes con fases posteriores de la historia del Oeste sahariano. Por el contrario, como ya hemos señalado, los editores de este libro estamos convencidos de que en ese período se establecieron las nuevas reglas que configurarán el campo político a raíz del surgimiento del proyecto nacional saharauí, cuya puesta de largo tendrá lugar con ocasión de la manifestación de Zemla en 1970. Las contribuciones centradas en ese período analizan, pues, tres momentos de la brecha abierta por la independencia de Marruecos y la confluencia de fuerzas anticoloniales y nacionalistas que tiene lugar. En cierto modo, y como demuestra López Bargados (*infra*), el Ejército de Liberación marroquí fue el instrumento en el que convergieron ambas tendencias: una fuerza irregular que actuaba en las zonas fronterizas con Argelia, en un marco de colaboración con el FLN, y que posteriormente devino el brazo armado de las pretensiones maximalistas del Istiqlal, poniendo en jaque a los ejércitos coloniales en Ifni, Sáhara y Mauritania durante 1957 y 1958. El artículo que López Bargados consagra a la cuestión explora el impacto que tuvo esa crisis en el enclave español de Ifni, una región esencialmente bereberófona del sur marroquí pero cuyo destino estaba ligado, a causa de la arbitrariedad del tablero colonial, al Sáhara Español y a la zona sur del protectorado.

Precisamente, esa zona ocupa también el centro del análisis de Correale (*infra*), que pone de relieve cómo la distribución territorial decidida, al más puro estilo colonial, entre España y un Marruecos ya independiente no se ajustaba de ningún modo a las recomposiciones sociales y políticas experimentadas sobre el terreno. La insurrección de Tantán no estalló únicamente a causa de las discrepancias que cundieron en el seno del propio Ejército de Liberación, y en especial entre sus componentes de origen sahariano, sino también porque, con la cesión a Marruecos de la provincia de Tarfaya —la llamada «zona sur del protectorado español»—, cambió significativamente el marco territorial de la acción del Ejército de Liberación. Como explica con agudeza Ana To-

rres García (*infra*) en su ensayo a propósito de la región de Tinduf, dos grandes tensiones determinaron las tomas de posición de los distintos actores que en aquel momento intervenían en las regiones septentrionales del Oeste sahariano. En primer lugar, la potente onda expansiva que generó el proyecto del Gran Marruecos, recibido con enorme alarma, tal como demuestran las contribuciones de Correale y Torres García (*infra*), por las administraciones coloniales, todavía presentes en la región. En segundo lugar, la negativa a efectuar algún tipo de consulta sobre el parecer político de las poblaciones locales –en el caso de Tinduf, claramente promarroquíes–, lo que constituyó un factor de frustración que condujo a movilizaciones en ambos casos, y que, en el caso de los contingentes saharianos del Ejército de Liberación, promovió su propio proyecto de estado nacional, un «Estado Rgaybat» destinado a evolucionar, en el curso de la década de 1960, hacia un Estado para todas las poblaciones que habitaban el Oeste sahariano. Es evidente que, en mayo de 1975, durante las gigantescas manifestaciones que analizan con brillantez Barreñada y Abdi Mohamed (*infra*), ese proyecto nacional había alcanzado un grado de madurez que se antojó inesperado para la administración colonial. Tal como ya hemos señalado, se trataba de un juego de pesos y contrapesos: las reivindicaciones marroquíes polarizaron las posiciones políticas de los distintos actores, y anulaban toda tentativa de confluencia transfronteriza, toda esperanza de identificar luchas compartidas.

Como es bien sabido, el año de 1975 constituyó una especie de montaña rusa para el Oeste sahariano. Las históricas manifestaciones independentistas de mayo, organizadas por el Frente Polisario con ocasión de la visita de una delegación del Comité de descolonización de Naciones Unidas (Barreñada y Abdi Mohamed, *infra*), tuvieron su réplica *frappante* en noviembre con la celebración de la Marcha Verde (López García, *infra*), una movilización instigada por las elites –y en particular por la monarquía– que aprovechaba un sentimiento masivo de usurpación de los territorios saharianos para neutralizar importantes tensiones de política interior. Mientras el dictador español agonizaba, hasta finalmente morir, en su cama, el gobierno español auspiciaba un penoso acuerdo (los Acuerdos de Madrid, 14 de noviembre) en el que incumplía sus compromisos con la población administrada, promovía el reparto impune de su excolonia entre Marruecos y Mauritania y abandonaba precipitadamente el territorio, un auténtico preludio de la tragedia que se avecinaba.

En las semanas siguientes, el éxodo terrible de buena parte de las poblaciones que defendían la causa independentista, en una huida desesperada hacia Tinduf con el fin de evitar las represalias de las fuerzas armadas marroquíes (Martín Beristain y González Hidalgo, 2012), contribuyó a consolidar un sentimiento nacionalista vertebrado en torno a

la identidad saharauí. Como relata González Hidalgo (*infra*) en su contribución, las mujeres jugaron un papel fundamental en ese momento, en la gestión de la gigantesca crisis social y política que siguió a la marcha forzada hacia Tinduf. Una intervención que, dicho sea de paso, nos brinda la oportunidad de subrayar la completa invisibilización del papel de las mujeres en los procesos políticos que han sacudido el Oeste sahariano a lo largo de los siglos XX y XXI. De hecho, si anteriormente aludíamos a los obstáculos que se ciernen sobre aquellos investigadores que desean rastrear los puntos de vista de los grupos subalternos en la documentación colonial, debemos recalcar que esas dificultades se tornan muchas veces insalvables cuando se pretende deconstruir la perspectiva androcéntrica que rebosa, bien es cierto, tanto en los archivos coloniales como en las decisiones metodológicas y epistemológicas que tomamos los propios investigadores. En este sentido, resulta frustrante no contar más que con una única contribución redactada desde el exterior de esas lógicas androcéntricas que con tanta facilidad naturalizamos, impidiéndonos de ese modo, y por poner solo algunos ejemplos, restituir las movilizaciones recientes de mujeres en los campamentos de refugiados, en la organización y despliegue de la Marcha Verde o en los colectivos que luchan contra la esclavitud y sus derivadas en Mauritania. Todos los casos recogidos en este libro hubieran merecido esa forma distinta de mirar, y todos habrían salido, sin duda, enriquecidos. Acaso esa ocultación es, también, una manifestación de las encrucijadas que deben afrontar las ciencias sociales ante el dilema de la colonialidad, porque un relato que soslaya de ese modo un componente esencial de las sociedades del Oeste sahariano parece prisionero de las mismas herencias y lógicas coloniales que tiene por objeto denunciar.

El orden de acontecimientos que se describen en este volumen llega, prácticamente, hasta nuestros días. A medida que se reduce la perspectiva histórica con la que contemplamos esos episodios, resulta más difícil evaluar su relevancia, saber si constituyen aldabonazos aislados que apenas guardan relación con sus precedentes inmediatos o si, por el contrario, se integran en ciclos de protesta más amplios, como un preámbulo de movilizaciones venideras. Todo lleva a pensar que, en el Sáhara Occidental administrado por Marruecos, donde las tensiones étnicas e identitarias entre las comunidades saharauí y marroquí están a la orden del día, protestas como las que analizan Lakhal, Gómez Martín o Veguilla del Moral (*infra*) no han pronunciado ni mucho menos su última palabra. Por otra parte, la situación de vulnerabilidad relativa que sufren las familias *harratin* en Mauritania, de cuyas reivindicaciones la IRA se erige en portavoz (Maimone, *infra*), no parece haber cambiado sustancialmente en los últimos años, lo que también permite augurar que las demandas de justicia social que emanan de ese importante colectivo (en torno a un tercio de la población del país) tendrán continui-

dad en el futuro. Aludimos, así, a los dos factores que, en nuestra opinión, condicionan con más fuerza el campo político contemporáneo del Oeste sahariano; si no se produce un cambio de rumbo importante en uno y otro dossier, y nada parece indicarlo, seguirán protagonizando la acción política contenciosa. Solo hay que detenerse a contemplar el actual clima de crispación extendido entre los principales actores que intervienen en el conflicto por la soberanía del Sáhara Occidental para cerciorarse de que, más allá de las escenificaciones tácticas, de las coreografías sobre el espacio público que compone la acción colectiva, existen ciertas condiciones objetivas que son, por sí solas, un desencadenante de ciclos de protesta casi endémicos. En cuanto a otros factores que puedan entrar en juego en el futuro inmediato —el papel de las migraciones globales, de las restricciones a la movilidad provocadas por la pandemia o de la desigualdad de género, por lanzar algunas conjeturas—, corresponderá a otros proyectos tirar de ese hilo invisible que enlaza formas disruptivas de hacer política alejadas en el tiempo y espacio.

Notas

1. <<https://www.mairesdefrance.com/m/article/?id=272>>, consultado el 17/12/2021.
2. A título de ejemplo, sin ninguna pretensión de exhaustividad y con el único objetivo de ofrecer una muestra de la riqueza y diversidad de las investigaciones recientes que guardan afinidad con los intereses de este volumen, vid. Allan (2010 y 2019), Barreñada y Ojeda (2016), Bengochea Tirado (2019 y 2020), Boubrik (2021), Boubrik y Joumani (2019), Boulay (2013), Boulay y Correale (2018), Boulay y Freire (2017), Caratini (2009 y 2011), Choplin (2009), Correale y Gimeno Martín (2015), Dalmases (2012), Drury (2019), El Adnani y Lazarev (2014), Evrard (2018), Freire (2013), Gimeno Martín, Robles Picón, Ali Leman, Solana Santos, Mahmud Awah y Salem Abdelfatah (2020), Gómez Martín (2001), López Bargados y Martínez Milán (2010), Lydon (2009), Mateo Dieste (2020), McDougall y Scheele, 2012, Naimi (2013 y 2016), Ould Cheikh (2014), Ould Mohamed Baba y Freire (2020), Ojeda García, Fernández Molina y Veguilla del Moral (2017), Pettigrew (2021), Pettigrew y Evrard (2020), Rodríguez Esteban (2012), Rodríguez Jiménez (2015), Satué Oliván (2016), Simenel (2010), Solana Santos (2019 y 2020), Wilson (2016), Zunes y Mundy (2010).
3. <https://www.eldiario.es/politica/sanchez-da-volantazo-posicion-espana-sahara-abre-nueva-brecha_129_8844127.html>, consultado el 24/03/2022.
4. Desde abril de 1958, ese paralelo marcaba la frontera entre la región de Tarfaya, cedida a Marruecos, y el Sahara Occidental bajo dominación española.
5. Vid. *Livre rouge avec documentaires* (1960).
6. <<https://saauti.wordpress.com/2013/11/26/noam-chomsky-la-primavera-arabecomenzo-en-el-sahara-occidental-la-ultima-colonia-en-africa/>>, consultado el 17/12/2021.
7. <https://photius.com/rankings/2020/population/urbanization_urban_population_2020_0.html>.
8. Para la historia de Ahmed el-Hiba a partir de 1912 y hasta 1919, vid. Correale (2014, pp. 67-85, 243-270, 340-366).
9. Vid. Allal y Bennafla (2011).

10. <<https://www.elmundo.es/sociedad/2016/08/17/57b306b822601d15548b4608.html>>.

Bibliografía

- AL-FASI, A. (1960), *Livre rouge avec documentaires*, Tanger, Marcello Peretti.
- ALLAL, A. y K. BENNAFLA (2011), «Les mouvements protestataires de Gafsa (Tunisie) et Sidi Ifni (Maroc) de 2005 à 2009. Des mobilisations en faveur du réengagement de l'État ou contre l'ordre politique?», *Revue Tiers Monde*, 5, pp. 27-45.
- ALLAN, J. (2010), «Imagining Saharawi women: the question of gender in Polisario discourse», *Journal of North African Studies*, 15 (2), pp. 189-202.
- (2019), *Silenced resistance: women, dictatorships, and genderwashing in Western Sahara and Equatorial Guinea*, University of Wisconsin Press, Madison.
- BARBULO, T. (2002), *La historia prohibida del Sáhara Español*, Ediciones Destino, Barcelona.
- BARONA CASTAÑEDA, C. (2015), «Memorias de una resistencia. La otra historia del Sahara Occidental», *Les Cahiers d'EMAM*, 24-25, <<http://emam.revues.org/859>> (consultado el 17/12/2021).
- BARRENADA, I. y R. OJEDA GARCÍA (eds.) (2016), *Sahara Occidental: 40 años después*, La Catarata, Madrid.
- BENGOCHEA TIRADO, E. (2020), «Debating theology and the performance of nationhood: the case of taq̣ṣir al-ṣalāh (the shortening of prayer) among the Sahrawi», *History and Anthropology*, 31-5, pp. 545-562.
- (2019), *La sección femenina en la Provincia del Sahara*, Edicions Bellaterra, Barcelona.
- BERNUS, E., P. BOILEY, J. CLAUZEL y J.-L. TRIAUD (eds.) (1993), *Nomades et commandants. Administration et sociétés nomades dans l'ancienne AOF*, Khartala, París.
- BLALACK, J. (2020), «Al-Shaikh Mā' al-'Aynayn: Maghrebi-Saharan literary geographies on the eve of colonization», *Journal of the African Literature Association*, 14-3, pp. 407-419.
- BONTE, P. (1987), «L'herbe ou le sol? L'évolution du système foncier pastoral en Mauritanie du sud-Ouest», en M. Gast (dir.), *Hériter en pays musulman. Habus, lait vivant, manyahuli*, CNRS, París, pp. 193-214.
- (2001), *La montagne de fer. La SNIM (Mauritanie). Une entreprise minière saharienne à l'heure de la mondialisation*, Karthala, París.
- (2008), *L'émirat de l'Adrar mauritanien. H_arîm, compétition et protection dans une société tribale saharienne*, Khartala, París.
- (2016), *Récits d'origine: contribution à la connaissance du passé ouest-saharien (Mauritanie, Maroc, Sahara occidental, Algérie et Mali)*, Karthala, París.
- (2017), *Identités et changement socioculturel dans l'Ouest saharien*, Karthala, París.
- BONTE, P., E. CONTE, C. HAMÉS y A. W. OULD CHEIKH (eds.) (1991), *Al-ansâb. La quête des origines*, Maison des Sciences de l'Homme, París.

- BONTE, P. E. CONTE y P. DRESCH (dir.) (2001), *Émirs et présidents. Figures de la parenté et du politique dans le monde arabe*, CNRS, París.
- BOUBRIK, R. (2021), «Terre des saints itinérants: La Sâqiya al-Hamrâ'», *The Maghreb Review*, 46-2, pp. 184-206.
- BOUBRIK, R. y A. JOUMANI (eds.) (2019), *Le Sahara. Lieux d'histoire et espaces d'échange*, Centre des études sahariennes, Rabat.
- BOULAY, S. (2013), *Pêcheurs imraguen du Sahara atlantique. Mutations techniques et changements sociaux des années 1970 à nos jours*, Khartala, París.
- BOULAY, S. y F. CORREALE (eds.) (2018), *Sahara occidental. Conflit oublié, population en mouvement*, PUF, Tours.
- BOULAY, S. y F. FREIRE (eds.) (2017), *Culture et politique dans l'Ouest saharien; arts, activisme et état dans un espace de conflits*, L'Etrave, Igé.
- BOURDIEU, P. (1983), «Vous avez dit "populaire"», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 46, pp. 98-105.
- BRONDINO, M. (1988), *Il grande Maghreb: mito e realtà*, Franco Angeli, Milán.
- CARATINI, S. (2011), *La fille du chasseur*, Thierry Marchaisse, París.
- (2006), «La prisión del tiempo: los cambios sociales en los campamentos de refugiados saharauis», *Cuadernos Bakeaz*, 77.
- (eds.) (2009), «La question du pouvoir en Afrique du Nord et de l'Ouest», *L'Ouest-Saharien*, 9-10.
- (1989), *Les Rgaybât (1610-1934)*, L'Harmattan, París, 2 vol.
- CARO BAROJA, J. (1955), *Estudios Saharianos*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas / Instituto de Estudios Africanos, Madrid.
- CASAS DE LA VEGA, R. (2008), *La última guerra de África (campaña de Ifni-Sáhara)*, Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa, Madrid.
- CASTRO-GÓMEZ, S. y R. GROSFUGUEL (2007), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Siglo del Hombre, Bogotá.
- CHOPLIN, A. (2009), *Nouakchott. Au carrefour de la Mauritanie et du monde*, Khartala, París.
- CORREALE, F. (2014), *La Grande Guerre des trafiquants. Le front colonial de l'Occident maghrébin*, L'Harmattan, París.
- (1998), «Ma' al-Aynayn, il Marocco e la resistenza alla penetrazione coloniale (1905-1910)», *Oriente Moderno*, 2, pp. 227-278.
- (2016), «Quelques données sur le début de la lutte de libération sahraouie», *Moyen Orient*, 32, pp. 78-79.
- CORREALE, F. y J. C. GIMENO MARTIN (eds.) (2015), «Sahara occidental: memorias, cultura, historias», *Les Cahiers d'EMAM*, n. 24-25 <<https://journals.openedition.org/emam/739>> (consultado el 7/1/2022).
- DALMASES, P. I. (2012), *La esclavitud en el Sáhara Occidental*, Carena, Barcelona.
- DEPONT, O. y X. COPPOLANI (1897), *Les Confréries religieuses musulmanes*, Maisonneuve et Geuthner, París.
- DÉSIRÉ-VUILLEMIN, G. (1958), «Cheikh Ma al-Ainin ou l'échec d'un moderne Almoravide», *Revue d'Histoire des colonies*, XLV, pp. 29-52.
- DIEGO AGUIRRE, J. R. (2008), *La última guerra colonial de España: Ifni-Sáhara (1957-1958)*, Algazara, Madrid.

- DOMENECH LAFUENTE, A. (1954), *Ma El ainin señor de Smara*, Ed. Marroquí, Tetuán.
- DRURY, M. (2019), «On the Border in Northern Mauritania», *L'Année du Maghreb*, 21, pp. 325-340.
- EL ADNANI J. y G. LAZAREV (2014), *Le Sahara à l'épreuve de la colonisation*, Editions Bouregreg, Rabat.
- EVRRARD, C. (2018), «Mauritanie 1956-1963: les multiples dimensions d'une indépendance contestée», *L'Année du Maghreb*, 18, pp. 149-167.
- FERNÁNDEZ-ACEYTUNO, M. (2001), *Ifni y Sáhara: una encrucijada en la historia de España*, Simancas, Palencia.
- FLORY, M. (1979), «L'ensemble mauritanien en tant que notion juridique», VV.AA., *Introduction à la Mauritanie*, CNRS, París.
- (1957), «La notion du territoire arabe et son application au problème du Sahara», *Annuaire français de droit international*, 3, pp. 73-91.
- FOUCAULT, M. (1994), *Dits et écrits, III*, Gallimard, París.
- FREIRE, F. (2013), *Tribos, princesas e demónios: etnografias do encontro pré-colonial no Sudoeste da Mauritania*, Colibri, Lisboa.
- GARCÍA, A. (2001), *Historias del Sáhara*, La Catarata, Madrid.
- GIMENO MARTÍN, J. C. y J. I. ROBLES (2013), «Ambivalencia y orden colonial español en el Sahara Occidental», *Revista Andaluza de Antropología*, 5, pp. 151-177.
- GIMENO MARTIN, J. C., J. I. ROBLES PICON, M. ALI LEMAN, V. SOLANA SANTOS, B. MAHMUD AWAH y M. SALEM ABDELFE TAH (eds.) (2020), *Poetas y Poesía del Sahara Occidental: Antología de la poesía nacional saharauí*, Ultima Línea, Madrid.
- GINZBURG, C. (2003), *Tentativas*, Universidad Michoacana San Nicolás de Hidalgo, México.
- GÓMEZ MARTÍN, C. (2011), *La migración saharauí en España. Estrategias de visibilidad en el tercer tiempo del exilio*, Académica Española, Saarbrücken.
- GOURAUD, H. (1910), *La Pacification de Mauritanie. Journal des marches et opérations de la colonne de l'Adrar*, Comité de l'Afrique française, París.
- GUHA, R. (2002), *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Crítica, Barcelona.
- HANNOUM, A. (2021), *The invention of the Maghreb*, University Printing House, Cambridge.
- HERNÁNDEZ MORENO, A. (2011), «Chej Maelainin, un notable sahariano», *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, <<https://sites.google.com/site/teimrevista/numeros/numero-11-julio-diciembre-2011/chej-maelainin-un-notable-sahariano>> (consultado el 17/12/2021).
- IBN JALDUN (2005), *Al Muqaddimah*, FCE, México.
- LACLAU, E. (2005), *La razón populista*, FCE, México.
- LANDER, E. (comp.) (2003), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, CLACSO, Buenos Aires.
- LÓPEZ BARGADOS, A. (2003), *Los Awlād Dalim ante la colonización franco-española del Sáhara*, Edicions Bellaterra, Barcelona.
- (2015), «Le Sahara face à son miroir: poétiques du "point mort"», *Les Cahiers d'EMAM*, 24-25 <<http://emam.revues.org/826>>.

- LÓPEZ BARGADOS, A. y J. M. MARTÍNEZ MILÁN (2010), *Culturas del litoral. Dinámicas fronterizas entre Canarias y la costa sahariano-mauritana*, Edicions Bellaterra, Barcelona.
- LYDON, G. (2009), *On Trans-Saharan Trails: Islamic Law, Trade Networks, and Cross-Cultural Exchange in Nineteenth-Century Western Africa*, Cambridge University Press, Cambridge.
- MARCHESIN, P. (1992), *Tribus, ethnies et pouvoir en Mauritanie*, Karthala, París.
- MARTIN, B. G. (1978), «Ma al-Aynayn Al-Qalqami ou la résistance d'un shaykh saharien», en C.-A. Julien (eds.), *Les Africains*, vol. 12, Jeune Afrique, París, pp. 173-196.
- MARTIN BERISTAIN C. y E. GONZÁLEZ HIDALGO (2012), *El oasis de la memoria. Memoria histórica y violaciones de derechos humanos en el Sáhara Occidental*, HEGOA, Bilbao.
- MATEO DIESTE, J. L. (2020), «“Asuntos negros”. Las autoridades españolas frente a la esclavitud y el servilismo en los territorios del Sáhara Occidental (1934-1957)», *Historia y Política*, 44, pp. 275-304.
- MCDougall, E. A. (1985), «Camel Caravans of the Saharan Salt Trade: Traders and Transporters in the Nineteenth Century», en C. Coquery-Vidrovitch y P. E. Lovejoy (eds.), *The Workers of African Trade*, SAGE Publications, Thousand Oaks, pp. 99-121.
- MCDougall, J. y J. SCHEELE (eds.) (2012), *Saharan frontiers. Space and mobility in Northwest Africa*, Indiana University Press, Bloomington.
- MIGNOLO, W. (2010), *Desobediencia epistémica. Retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad*, Signo, Tarragona.
- MUNDY, J. (2005), «The colonial formation of Western Sahara national identity», *The Berbers and other minorities in North Africa: a cultural reappraisal*, Portland, pp. 1-33.
- (2015), «Les colons marocains au Sahara Occidental: colonisateurs ou cinquième colonne?», en APSO (eds.), *Lutter au Sahara*, APSO, Givors.
- NAIMI, M. (2004), *La dynamique des alliances ouest-sahariennes: de l'espace géographique à l'espace social*, París, Maison des Sciences de l'Homme.
- (2013), *L'Ouest saharien. La perception de l'espace dans la pensée politique tribale*, Khartala, París.
- (2016), *L'eau, le feu et le Makhzen. La rive nord-ouest saharienne*, Khartala, París.
- NORRIS, H. T. (1986), *The Arab Conquest of the Western Sahara*, Longman, Harlow.
- (1968), «S_ḥaykh Mā' al-'Aynayn al-Qalqamī in the Folk-Literature of the Spanish Sahara», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 31-1, pp. 113-136.
- OJEDA GARCÍA, R., I. FERNÁNDEZ MOLINA y V. VEGUILLA DEL MORAL (eds.) (2017), *Global, regional and local dimensions of Western Sahara's protracted decolonization*, Palgrave Macmillan, Londres.
- OULD AHMED SALEM, Z. (2013), *Prêcher dans le désert. Islam politique et changement social en Mauritanie*, Karthala, París.
- OULD CHEIKH, A. W. (1988), *Éléments d'histoire de la Mauritanie*, CCF, Nuakchot.

- (1995), «Terroir, nomadisme et sédentarité en Mauritanie», <<https://www.academia.edu/6157428>>.
- (ed.) (2014), *État et Société en Mauritanie*, Karthala, Paris.
- OULD HAMIDOUN, M. (1952), *Précis sur la Mauritanie*, IFAN, Dakar.
- OULD MOHAMMED BABA, E. y F. FREIRE (2020), «Looters vs. Traitors: the *Muqawana* (Resistance) narrative, and its detractors, in Contemporary Mauritania», *African Studies Review*, 63, 2, pp. 258-280.
- PARSONS, F. V. (1958), «The North-West African Company and the British Government, 1875-1895», *The Historical Journal*, 1-2, pp. 136-153.
- PETTIGREW, E. (2021), «Post-esclavage et mobilisation de descendants d'esclaves: Mauritanie, 1970-2020», en P. Ismard, B. Rossi y C. Vidal (eds.), *Les mondes de l'esclavage. Une histoire comparée*, Seuil, Paris, pp. 363-372.
- PETTIGREW, E. y C. EVRARD (2020), «Encore une nouvelle victime... Le long chemin d'une législation à l'égard des femmes en Mauritanie», *L'année du Maghreb*, 23, pp. 271-302.
- DU PUIGAUDEAU, O. (1971), «Une nouvelle généalogie de Cheikh Ma' el-'Aïnin U. Mami», *Hesperis-Tamuda* XII, pp. 157-163.
- RANCIERE, J. (2010), *El espectador emancipado*, Manantial, Buenos Aires.
- ROBINSON, D. y J.-L. TRIAUD (eds.) (1997), *Le temps des marabouts. Itinéraires et stratégies islamiques en A.O.F., 1880-1960*, Karthala, Paris.
- RODRÍGUEZ ESTEBAN, J. A. (2012), *España en África: la ciencia española en el Sáhara Occidental, 1884-1976*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.
- RODRÍGUEZ JIMENEZ, J. L. (2017), *Agonía, traición, huida. El final del Sahara español*, Editorial Crítica, Barcelona.
- SAID, E. (1978), *Orientalism*, Pantheon Books, Nueva York.
- SATUE OLIVAN, E. (2016), *Tiza y arena: Un viaje por las escuelas del Sáhara español*, Diputación Provincial de Huesca, Huesca.
- SIMENEL, R. (2010), *L'origine est aux frontières. Les Aït Ba'amran, un exil en terre d'arganiers (Sud Maroc)*, Editions CNRS-Maison des sciences de l'homme, Paris.
- SIMMEL, G. (1998), *El individuo y la libertad: ensayos de crítica de la cultura*, Península, Madrid.
- SOLANA SANTOS, V. (2020), «Between Publics and Privates: The Regeneration of Sahrawi Female Militancy», *Comparative Studies of South Asia, Africa and the Middle East*, 40-1, pp. 150-165.
- (2019), «Hospitality's Prowess: Performing Sahrāwī Sovereignty in Refugee Camps», *PoLAR: Political and Legal Anthropology Review*, 42-2, pp. 362-379.
- TARROW, S. (2004), *El poder en movimiento*, Alianza, Madrid.
- TAYLOR, R. M. (2000), «Status, médiation et ambiguïté ethnique en Mauritanie précoloniale. Le cas des Ahl al-Gibla et des Ahl Gannar», en M. VillAsante Cervelló (dir.), *Groupes serviles au Sahara*, CNRS, Paris, pp. 83-95.
- TRAORE, A. (1981), «Cheikh Ma el Aïnin ou la dernière résistance saharienne (1831-1910)», *Publications de la Société française d'histoire des outre-mers*, 5-6-2, pp. 997-1012.
- VERGNIOT, O. (1988), «De la distance en histoire. Maroc-Sahara Occidental: les captifs du hasard (XVII-XX siècles)», *Revue de l'Occident Musulman et de la Méditerranée*, 48-49 (2-3), pp. 96-125.

- VILLASANTE-DE BEAUVAIS, M. (1998), *Parenté et politique en Mauritanie. Essai l'anthropologie historique. Le devenir contemporain des Ahl Sîdi Mahmûd, confédération bidân de l'Assâba*, L'Harmattan, Paris.
- VILLASANTE CERVELLÓ, M. (dir.) (2000), *Groupes serviles au Sahara*, CNRS, Paris.
- WILSON, A. (2016), *Sovereignty in exile. A saharan liberation movement governs*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.
- ZUNES, S. y J. MUNDY (2010), *Western Sahara: war, nationalism, and conflict irresolution*, Syracuse University Press, Syracuse.